

## El SIDA

**Dr. Humberto Mauro Marsich – Misionero Xaveriano**

### **Concepto**

El SIDA es *el síndrome de inmunodeficiencia adquirida*, o sea, *la enfermedad originada por el virus VIH*.

Este virus se transmite – se contagia - básicamente por cuatro cauces: *la sangre* (repercusión en los drogadictos infectados por el virus que comparten jeringuillas y en los hemofílicos que precisan transfusiones), *el fluido sexual* (repercusión en los grupos homosexuales y también en comportamientos heterosexuales, cuando un miembro de la pareja está contagiado), *la gestación* (transmisión de madre infectada a hijo); *los transplantes* (transmisión de donador de órganos o tejidos a receptor).

Es una enfermedad que afecta el sistema inmune por lo cual el paciente está más expuesto a infecciones y cánceres que, generalmente, no se presentarían en individuos con un sistema inmunológico intacto.

Puede existir de manera latente (portador asintomático) en una primera fase y sucesivamente pasar a la fase propiamente clínica (enfermo de SIDA).

### **Valoración moral**

El SIDA, en cuanto enfermedad, no tiene carácter de moralidad, sin embargo, por su estrecha relación con ciertas conductas sexuales negativas, cuestiona moralmente a quienes lo contraen, a la cultura justificadora de todo tipo de conducta sexual y a la sociedad entera la cual, siempre más permisiva y tolerante, crea condiciones para su prosperidad. Por esta razón muy peculiar creemos oportuno sugerir algunos criterios éticos:

- El SIDA, en cuanto enfermedad, no ha de ser considerado un *castigo divino*, ni ha de originar síndromes de marginación social.
- Es necesario buscar los remedios adecuados para prevenir y curar la enfermedad, promoviendo, para ello, campañas de concientización y destinando recursos económicos adecuados.
- Los enfermos de SIDA son hermanos nuestros y deben de ser atendidos con solidaridad humana y caridad cristiana.
- No se puede someter indiscriminadamente al test del SIDA a toda la población o a determinados grupos que pueden ofrecer mayor riesgo de ser portadores del virus (inmigrantes de determinados países, por ejemplo). Estas prácticas desembocan a menudo en actitudes de marginación, como el despido del puesto de trabajo.
- La ética, justamente, nos obliga a prevenir el contagio y la transmisión del SIDA, apelando a la responsabilidad personal en los comportamientos a riesgos y predicando la vivencia natural y moral de la sexualidad.
- A las autoridades públicas les corresponde intervenir con programas de política sanitaria, de información y de educación integral en los aspectos relacionados con la enfermedad del SIDA. Tales políticas, además de buscar la eficacia a

corto plazo, han de respetar unos mínimos éticos como el respeto a la dignidad de la persona, la promoción del bien común y la construcción de una sociedad más humana y más respetuosa de los valores morales.

- Dentro de la global inmoralidad de algunos comportamientos que están en el origen de esta enfermedad, la reflexión moral se cuestiona sobre la tolerancia práctica del uso del preservativo para evitar el contagio inmediato y la extensión de la enfermedad. Unos filósofos morales afirman que sería un *mal menor* para evitar *males mayores*: es ésta la posición de la legislación de casi todos los Estados. Para otros sería una manera para incentivar un manejo irresponsable de la sexualidad, engendrando falsas seguridades.

### **Conclusión**

El SIDA, en realidad, ha venido a evidenciar una realidad mucho más profunda que la de una enfermedad misteriosa más. Ha venido a evidenciar la gran crisis de valores de nuestra civilización y el error ideológico de interpretación de la libertad humana como algo absoluto y ajeno a la responsabilidad. La esencia más profunda del problema es, sin lugar a dudas, de carácter cultural y, por lo tanto, para combatir el SIDA habrá que humanizar y moralizar la cultura y la conducta de los seres humanos, principalmente en términos de respeto permanente del orden esencial de su misma naturaleza.

La acelerada difusión del SIDA trae consigo un doble y urgente desafío que interpela a todos: asistir al afectado y prevenir íntegra y adecuadamente la infección. También la Iglesia ha asumido el desafío como propio para responder al llamado de Cristo: "*Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados y yo los aliviaré*" (Mt 11, 28).